**CRISTO, FUNDAMENTO DE LA PROFECÍA EN LAMENTACIONES**

Lamentaciones 3:25-27

INTRODUCCIÓN

 El profeta Jeremías escribió estas Lamentaciones después de la caída, la destrucción y la quema de la ciudad de Jerusalén y del templo en el año 597. En el idioma hebreo, el libro se llama “¡Cómo!” porque comienza con la frase “¡Cómo ha quedado sola la ciudad populosa!”. La traducción de la Septuaginta titula este libro “Endechas o Lamentos”. Y San Jerónimo fue el que le puso el nombre que hoy tenemos en nuestras Biblias, es decir, “Lamentaciones de Jeremías”.

 El lamento es una palabra que expresa un fuerte sentimiento de dolor, de pena, de desconsuelo, tristeza y nostalgia, que se manifiesta en forma de llanto, suspiro, gemido o grito desgarrador. En la antigüedad, cuando alguien quería mostrar su dolor arrojaba polvo o ceniza al aire o sobre su cabeza, rompía o desgarraba la ropa y se vestía con un atuendo de cilicio. El cilicio era un vestido burdo de pelo de cabra que producía dolor e incomodidad en el que lo llevaba puesto.

 Además de expresar el dolor de esta manera tan dramática, también se acostumbraba endechar en tiempos de duelo. Endechar significa cantar una canción triste y melancólica, a veces en forma de prosa o verso con acompañamiento musical o en coro para relatar lo que había ocurrido o estaba ocurriendo. Por eso en 2 Crónicas 35:25 dice “Y Jeremías endechó en memoria de Josías. Todos los cantores y cantoras recitan estas lamentaciones sobre Josías hasta hoy, y las tomaron por norma para endechar en Israel, las cuales están escritas en el libro de Lamentos”. Se cree que estas endechas o canciones tristes de Jeremías escritas en forma de prosa fueron añadidas a las endechas que cantó después de la destrucción de Jerusalén.

 En algunos párrafos el profeta como un testigo de lo ocurrido describe así lo que vio: “Niños y viejos yacían por tierra en las calles; mis vírgenes y mis jóvenes cayeron a espada…” (2:21). “La lengua del niño de pecho se pegó a su paladar por la sed; los pequeñuelos pidieron pan, y no hubo quien se lo repartiese” (4:4). “Sus nobles fueron más puros que la nieve, más blancos que la leche…oscuro más que la negrura es su aspecto; no los conocen por las calles; su piel está pegada a sus huesos, seca como un palo” (4:8). “Las manos de las mujeres piadosas cocieron a sus hijos, sus propios hijos les sirvieron de comida…” (4:10). “Violaron a las mujeres en Sion, a las vírgenes en las ciudades de Judá. A los príncipes colgaron de las manos, no respetaron el rostro de los viejos. Llevaron a los jóvenes a moler, y los muchachos desfallecieron bajo el peso de la leña” (5:11-13). “los jóvenes dejaron sus canciones, cesó el gozo de nuestro corazón, nuestra danza se cambió en luto. Cayó la corona de nuestra cabeza” (5:14-16).

Al leer la descripción de este horrible cuadro y, si tenemos algo de imaginación, sin duda quedaremos impactados. Pero ¿cómo reaccionaríamos si fuésemos protagonistas de esta historia? ¿Cómo responderíamos si algo de esto nos pasara a nosotros? Nuestra respuesta ante una grave crisis, o una dolorosa pérdida, o el duro golpe de una tragedia, saca a luz lo que realmente somos y en dónde está puesta nuestra confianza y nuestra fe. Ante este panorama Jeremías podría sumergirse en lamentos, o en una profunda depresión, o en un amargo resentimiento y enojo, pero, en cambio, se detiene y recapacita en lo que ha sucedido. Recapacitar es “volver a considerar con detenimiento algo”, es detenerse para volver a pensar. Es dar una segunda mirada a un tema o a una decisión. Pero eso Jeremías escribió “Esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto esperaré” (3:21). “Esto recapacitaré” ¿Qué es lo que recapacitó Jeremías cuando todo parecía perdido y se encontraba rodeado de tanto sufrimiento?

**I RECAPACITÓ EN LA MISERICORDIA DE DIOS**

Lamentaciones 3:22-23 “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”.

 Lo que estaba viviendo era terrible, pero se detuvo un momento y recapacitó y se dijo: “No todo está perdido. ¡Estamos vivos! ¡Al menos estamos vivos por la misericordia de Dios!” Si no fuera por la misericordia de Dios no estaría allí relatando lo que ocurrió. “Por la misericordia de Dios no hemos sido consumidos porque nunca decayeron sus misericordias, nuevas son cada mañana, grande es su fidelidad”.

 Notemos la frase “nuevas son cada mañana”. Siempre habrá un mañana mejor. ¿Se acuerdan de la canción de Annie? Aquella novela titulada Annie, la pequeña huérfana, que describe la historia de una niña de cabellos rojos y ondulados que vivió sus aventuras con su perro llamado Sandy. En una película musical, Annie canta esta canción que dice:

 El sol brillará mañana.

 Que apuestas tú a que mañana sale el sol.

 Si piensas que habrá mañana,

 todos tus problemas y dramas nada son

 cuando el día es muy gris o estoy muy triste.

 La cabeza levanto y digo así:

 Oh, El sol brillará mañana.

 Es mejor que espere hasta mañana

 Dios dirá mañana, mañana te quiero, mañana.

 Pues eres un día más”.

En cierta manera Annie representa a los que saben que habrá un mañana diferente y que después de la oscuridad y la tristeza nuevamente saldrá el sol y la alegría. Y de pronto Jeremías descubre lo mismo: habrá un mañana por la misericordia de Dios.

A Ernesto Sábato se le preguntó por qué los prisioneros de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, que vivían humillados, hambreados y destinados a la cámara de gas, no se cortaban las venas con una lata oxidada y así terminar con tanto sufrimiento. Sábato respondió “Porque en el hombre es más fuerte la esperanza que la desesperación”.

 Esos prisioneros vivían pensando que un día serían liberados, y que un día volverían a su pueblo, su casa y su familia. Esperaban el mañana, solo esperaban, porque no podían hacer otra cosa que esperar. Esto lo observó Víctor Frankl mientras compartía el sufrimiento con otros miles de prisioneros en los campos que eran humillados, golpeados, maltratados, con hambre y frío y descubrió lo que ya previamente había dicho Friedrich Nietzsche “Quien tiene un por qué vivir, es capaz de soportar cualquier cómo”. Víctor Frankl observó que aquellos que no esperaban un mañana se deprimían y morían rápidamente. En cambio en el interior de los sobrevivientes siempre hubo un mañana.

 ¿Está intacta tu esperanza en un mañana mejor? No importa cuán oscuro y triste sea tu camino, recapacita en las misericordias de Dios y di con Jeremías “nunca decayeron sus misericordias”, nunca decayeron las misericordias de Dios, nuevas son cada mañana”. Esta mañana son nuevas, y cada mañana, el sol brillará en tu vida.

**II RECAPACITÓ SOBRE EL PORQUÉ DEBÍA ESPERAR**

Lamentaciones 3:24 “Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré”.

 En su reflexión pensó en su herencia, es decir en la porción que le había tocado. Porque cuando hablamos de recibir una porción, podemos referirnos a recibir una porción de comida, una porción de la ganancia de un negocio, una porción de un campo o terreno, una porción de una propiedad, Pero Jeremías escuchó a su alma que decía que Dios era su porción. “dijo mi alma: Mi porción es Jehová”. Otras versiones de la Biblia traducen “Mi parte, mi lote, mi herencia es el Señor, por eso en él esperaré”.

 Que Dios sea la porción de nuestra vida, es un pensamiento bien arraigado en el pueblo de Israel. En primer lugar pensaba de sí mismo como la porción de Dios, como dice en Deuteronomio 32:9 “Porque la porción de Jehová es su pueblo, Jacob la heredad que le tocó”. Y por el otro lado, Dios se convirtió en la porción de los que confiaban en él. En Salmos 16:5 dice “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa, tú sustentas mi suerte” y en 73:26 leemos “Mi carne y mi corazón desfallecen, mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre”.

 Tener a Dios como la porción de nuestra vida no es una frase o un giro poético, sino la manifestación de su poder, según lo había entendido bien Eliseo. En el libro de Reyes se nos relata que Elías y Eliseo estaban caminando juntos. Y de pronto Elías le dijo a Eliseo “Pide lo que quieras que yo haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí”. Era como si dijera “te ruego que una doble porción de Dios sea sobre mí”, una doble porción de su poder, de su unción, de su manifestación sea sobre mí.

Jeremías sabía que la respuesta estaba en Dios, y que Dios era su porción. Jeremías sabía que valía la pena esperar en Dios, valía la pena aguardar su palabra, valía la pena esperar en él. Y uno puede esperar en Dios solamente si Dios es su porción. Por eso dijo “Mi porción es Dios, dijo mi alma, por tanto, en él esperaré”.

 Es probable que Jeremías recordó algunos salmos que se refieren a la bendición de esperar en Dios. Veamos algunos de ellos:

 Salmos 22:4 “En ti esperaron nuestros padres; esperaron y tú los libraste”.

 Salmos 25:3 “Ciertamente ninguno de cuantos espera en ti será confundido”.

 Salmos 32:10 “Al que espera en Jehová, le rodea la misericordia”.

 Salmos 33:22 “Sea tu misericordia, oh Jehová, sobre nosotros, según esperamos en ti”.

 Salmos 37:9 “Los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra”.

 Salmos 43:5 “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarte, Salvación mía y Dios mío”.

 Cuando Jeremías en su alma se dijo “mi porción es Jehová, mi porción es Dios” estaba poniendo a Dios por sobre todas las cosas. Dios era la única porción que realmente lo llenaba y satisfacía, Dios era la única porción que lo nutría y daba fuerzas, Dios era la única porción que lo enriquecía. Nada se puede comparar con la presencia de Dios en nuestras vidas. Si nuestra porción y nuestra herencia es Dios, lo tenemos todo, aun en las situaciones más difíciles y espantosas, y solamente porque es Dios podemos esperar, y el que no tiene a Dios se desespera, porque no tiene nada que esperar.

 Por lo tanto, podríamos preguntarnos ¿Es Dios la porción de mi vida? ¿Podríamos decir “Mi porción es Dios, dijo mi alma”?

**III RECAPACITÓ EN EL PODER DE LA BONDAD**

Lamentaciones 3:25-27 “Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová. Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud”.

 Podemos observar que Jeremías cuando estaba rodeado de cosas malas, cuando vivía en un mal momento, cuando la maldad se había multiplicado, cuando todo lo que veía y oía era malo, cuando todas las noticias eran pésimas, se detuvo y recapacitó y encontró tres cosas buenas:

1. Encontró que Dios era bueno.

“Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que la busca”. Aunque todos digan lo contrario y aunque nadie podía hablar de la bondad de Dios en medio de tanta maldad, Jeremías vio que Dios, a pesar de todo, era bueno. Y era bueno en especial con los que esperaban en él y lo buscaban. Porque Dios nunca rechazó a nadie que lo haya buscado con todo su corazón.

1. Encontró que guardar silencio era bueno.

“Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová”. Porque podríamos esperar que Dios nos salve gritando, exigiendo, reclamando e incluso insultando. Pero esto no es bueno, porque nuestra situación empeoraría, porque ¿quiénes somos nosotros para enojarnos con Dios y exigirle que haga lo que queremos? Lo mejor que podemos hacer es esperar en silencio, porque esto es realmente bueno.

1. Encontró que llevar el yugo desde la juventud era bueno.

“Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud”.

Un yugo es una pieza alargada de madera con dos arcos que se ajustan a la cabeza o cuello de los animales y que se sujeta a un timón de un arado para que tiren de ellos, y llegó a representar simbólicamente al dominio y la opresión que se ejercía sobre las personas. Por eso se habla de “romper el yugo opresor”, Este es el sentido negativo, pero el sentido positivo significa trabajo cooperativo, donde dos personas tiran juntos del carro o el arado, significa también el compromiso de sujetarse y obedecer aunque sea duro y difícil . Al recapacitar sobre esto, Jeremías se dio cuenta que llevar el yugo era bueno y no algo malo.

 Y “llevar el yugo” para Jeremías significaba: “Que se siente solo y calle, porque es Dios quien se lo impuso; ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza; dé la mejilla al que le hiere y sea colmado de afrentas” (3:28-30). En otras palabras, llevar el yugo es aceptar las cosas como son y no como uno quisiera que fuesen.

 Y para Jesucristo, por medio de su yugo cualquier persona puede encontrar descanso para el alma. Como dijo en Mateo 11:29-30 “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. Porque siempre que uno hace lo que Dios quiere, es decir, cuando obedece los mandamientos de Dios, uno encuentra descanso, Cuando uno recibe a Cristo en su corazón, encuentra descanso. Cuando leemos en la Biblia “el que creyere y fuere bautizado será salvo” y acompañamos nuestra decisión de recibir a Cristo con el bautismo, encontraremos descanso para nuestras alma. O cuando Dios nos habla y obedecemos, encontraremos descanso para nuestras almas, porque el yugo de Jesús es fácil y ligera su carga.

CONCLUSIÓN

 Qué bueno sería que te detengas y recapacites, primero, en la misericordia de Dios porque siempre hay un mejor mañana, porque las misericordias de Dios “son nuevas cada mañana”. Que también recapacites y digas como Jeremías “mi porción es Dios, por tanto en él esperaré”. Seguiré esperando aunque ya no haya nada que esperar, porque los que esperan en Dios no serán confundidos ni decepcionados. Y por último, que recapacites en la bondad de Dios, en aceptar las cosas como son y en llevar el yugo de Jesús que traerá descanso a tu alma.